

CAPÍTULOS GRATUITOS

Prohibido enamorarse de Adam Walker

Lia Belikov

*Para el más egocéntrico, estúpido, cretino,
charlatán, hermoso e idiota chico que he conocido:*

Adam Walker.

PARTE I

IMPOSIBLE NO ENAMORARSE DEL IDIOTA

¿Acaso no sab í que, entre m ás me prohibiera tener sentimientos por él,
mayor se volv í mi atracci ón?

PRÓLOGO

Cariño

No podía apartar mis ojos grises de los suyos. Él me miraba como una rara atracción de circo, como el acto de esa mujer barbuda a la que no sabía si ver maravillado o asqueado, pensando en la cantidad de pelaje que crecía por sus mejillas y por sus axilas debido a la ayuda de esteroides. Toqué con mis dedos mi rostro. No. Ningún rastro de barba, que yo supiera. Entonces, ¿por qué me miraba tanto? A mi lado, mi prima Marie se estaba riendo y señalándome con el dedo. Busqué a mi alrededor, preguntándome por qué había un cúmulo de gente que me rodeaba.

No fue sino hasta que el atractivo chico de ojos verdes me tendió una mano que me di cuenta de que estaba tirada en el suelo. Al ponerme de pie, perdí ligeramente el equilibrio y, por un momento, pensé que me vendría abajo. Pero entonces, de nuevo el chico guapo me agarró a tiempo de la cintura para evitar que mi trasero golpeará el asfalto. Me sujetó a uno de sus brazos envueltos en su chaqueta de cuero y me perdí en lo bien que olía.

—¿Qué pasó? —pregunté algo aturdida. Recordaba haber estado caminando detrás de Marie, cargando la bolsa de papel en donde iban sus condones recién comprados de la farmacia. Recordaba haberme quejado de lo absurdo que había sido el que yo los hubiera tenido que comprar y no ella, quien los iba a utilizar. De ahí solo me quedaba la vaga sensación de que mi cabeza había chocado con algo duro, pero no recordaba qué había sido.

—Te golpeaste la cabeza —habló el chico cerca de mí o fío. Mi piel se puso como de gallina mientras él señalaba un pequeño letrero de publicidad en movimiento, que era demasiado bajo como para ignorar y con el que, aparentemente, había chocado. La voz del chico era profunda y ronca. Parpadeé dos veces antes de bajar la cabeza y notar que la

porción de suelo en la que había aterrizado estaba cubierta con las tres cajas de condones recién comprados por mi prima; una de ellas se había abierto. Mi rostro se puso cálido y rojizo. Marie, con su rizado cabello naranja, continuaba riéndose de mí—. La próxima vez ten más cuidado, cariño —dijo el chico, quien a su vez me soltó rápidamente—. Sé que tienes prisa, pero tienes que mantener la cabeza en alto y los ojos fijos en el camino.

Me ruboricé aún más. Él creía que los condones eran míos. Además, ¿me había dicho «cariño»? Para mi vergüenza, el chico se agachó y recogió los tres paquetes del suelo. Luego me los tendió en la mano, no sin antes examinarlos con detenimiento mientras me dedicaba esa sonrisa arrogante de «me encanta avergonzar a la gente».

—No son míos —dije débilmente. Inmediatamente le lancé una mirada a Marie en busca de auxilio, pero ella aún seguía divertida con toda la situación.

—No estoy juzgando a nadie —me respondió el chico guapo—. Lo único que te diría es que lo dejes.

Lo miré confundida.

—¿Cómo? —pregunté tratando de comprender lo que decía.

Él resopló, desviando la vista hacia las pocas personas que entonces permanecían atentos a la situación. Estos seguramente se encontraban curiosos y a la espera de ver sangre que manchara el suelo, pero no, no la iban a obtener. El chico guapo de pelo negro y de dientes relucientes, como de comercial de pasta dental, se acercó demasiado a mí su mano tomó mi muñeca y habló en mi oído para que solo yo lo escuchara:

—Que dejes a ese idiota perezoso que no es capaz ni de comprar su propia protección por sí mismo.

Quise repetirle que esos condones no eran míos y que eran de mi prima Marie. Ella era una clase de ninfómana (sí hacían unos pocos meses atrás ni siquiera hubiera sabido qué significaba esa palabra. Pero, debido a ella, ya lo sabía: una adicta al sexo). Antes de poder siquiera abrir mi boca y contar hasta uno, Marie ya estaba sonriéndole al chico, arqueando su espalda y levantando sus pechos para exhibirse.

—Gracias por tu ayuda —habló, enseñando su sonrisa más coqueta—. Llevo años diciéndole a mi primita que debe usar lentes. Pero ¿qué se le va a hacer? Llevaba prisa por poner a prueba estos. —Me arrebató los preservativos de la mano y los agitó en el aire. Escuché algunas risitas a mis espaldas. Agaché la cabeza y apreté los dientes. Eso era humillación pura.

—¿Y tú eres...? —preguntó el chico guapo, dirigiéndose a mi prima. Recorrió con la vista el cuerpo de Marie y luego sonrió descaradamente en aprobación.

—Marie Benson —respondió ella, enrollando un poco de su pelo naranja en uno de sus dedos.

—Yo soy Adam. Adam Walker.

Había pasado a un segundo plano y Marie, como siempre, se estaba llevando toda la atención. Era obvio que, siendo él tan guapo, entraría en el radar de futuros ligues de mi prima. Suspiré y me alejé unos tres pasos de ambos. Mi cabeza dolía y palpitaba a la vez; necesitaba sentarme antes de que me desmayara de nuevo.

—Creo que sería mejor llevarte a un doctor para que te examine —aconsejó una ronca y suave voz en mi oído.

Ni siquiera llegué a responder, ya que mi cabeza comenzó a dar vueltas, y lo último que supe fue que, de alguna manera, terminé en los brazos de Adam Walker, con mi cara metida en su cuello y con ambas manos presionadas contra su espalda. Eso no me iba a llevar a nada bueno, mucho menos al ver la mirada asesina de Marie. Sólo desde ya, me encontraba en problemas por robar breves minutos de su atención. Sin duda, ese chico sería mi ruina.

CAPÍTULO 1

Culpable

5 meses después

Me desperté debido al calor que sentía mi cuerpo. Mi frente estaba empapada y la sábana de mi cama se encontraba humedecida por mi propio sudor. Sentí una mano que se apoyaba en mi cintura, y en mi hombro se incrustaba algo parecido al botón de una camisa. Parpadeé varias veces antes de enfocar bien la vista y girar sobre mi espalda solo para ver al chico de cabello negro y piel realmente pálida, que en ese momento dormía tan tranquilamente en la misma cama que yo. Lo moví con un dedo para así despertarlo, pero él no daba señales de vida. Comencé a sacudirlo.

—Despierta —susurré con voz ronca—. Te quedaste dormido. Es hora de irse. —Traté de incorporarme, pero una mano sujetó firmemente mi cintura y se desplazó hasta llegar a mis caderas—. ¡Adam! —grité enojada. Él me sujetó más fuerte y me llevó a su lado de la cama. Mi frente se pegaba con la suya; podía sentir su propio sudor recorriendo mi cuerpo. Tragué saliva. «Esta es la última vez que lo dejo dormir en mi cama», me prometió silenciosamente. Su mano apretó ligeramente mi trasero y ronroneó algo en mi oído. Luego comenzó a subir sus manos hasta meterlas dentro de mi camiseta y se detuvo justo cuando sentí mi sujetador de encaje. Traté de apartarlo una vez más; entonces, repentinamente se acostó a horcajadas sobre mí y llevó mis manos por encima de mi cabeza, hacia la cabecera de la cama. Respiré pesadamente—. Adam —tartamudeé ¿Quién tartamudeaba un nombre que solo tenía cuatro letras?—, que fate de encima.

Abrió sus ojos lentamente, parpadeó varias veces —como queriendo reconocer en dónde se encontraba— y, al ver que a la que sujetaba era a mí, amplió bastante los ojos. Había pensado que se quitaría de encima rápidamente, pero ni siquiera hizo el intento de moverse un milímetro.

—Siempre supe que querías profundizar las cosas conmigo —dijo de manera presumida. Sopló aire en mi cuello mientras bostezaba, e inmediatamente mi piel se erizó

— ¡Idiota! —chilló—. Hubiera dejado que durmieras en la calle. —Su vista recorrió desde mi rostro, a la altura de mis labios, hasta quedarse prendada en mi pecho por un largo tiempo. Resopló. Todos los hombres eran iguales.

—De encaje negro. —Suspiró—. Ya sabes lo que dicen de chicas que usan ropa interior negra.

Bajó la vista hacia mi pecho y noté que mi camiseta se había subido lo suficiente como para dejar ver mi sostén.

—No. ¿Qué dicen de las chicas que usan ropa interior negra? —Sabía que iba a arrepentirme por seguirle la corriente.

—Dicen que van a un entierro.

—Eso no tiene sentido.

Vi la odiosa sonrisita de suficiencia en su rostro mientras se burlaba de mí

—Van a un entierro —repetió. Lo miré confundida—. Ah, olvídalo. Tienes una mente demasiado inocente como para entenderlo.

—Ahora sí ¿quieres quitarte de encima? —pregunté impacientemente. Todavía tenía mis manos sujetas un poco más arriba de mi cabeza y ya me estaba comenzando a dar escalofríos por la camiseta levantada. Además, tener a Adam a íde cerca no me dejaba respirar, pensar, ver o sentir con claridad.

—Debería pagarte de alguna forma lo que hiciste por mí anoche. Conozco una buena manera de hacerlo... —Levantó sus cejas de manera sugestiva.

—Solo acepto efectivo. Ahora, qué fate. —Comencé a retorcerme bajo su cuerpo, intentando deslizarme de su agarre. Arriba, abajo, arriba...

—Yo que tú, no haré eso. Peor a esta hora de la mañana, cuando mi pequeño cazador tiene hambre.

Me detuve rápidamente, no queriendo despertar esas partes que seguían dormidas.

—Eres un cerdo. —Aproveché para lanzarlo al suelo, impulsando mis piernas y flexionando mis rodillas para que cayera fuera de mi cama. Golpeó el piso alfombrado y lo escuché soltar una letanía de palabrotas.

—Deberías estar besando mis pies —aseguré mientras arreglaba mi camisa—. Si el novio de mi prima te hubiera visto anoche, ahora serías alimento para aves. Y no me refiero a las aves lindas y amistosas que encuentras en un parque infantil. Hablo de esas carroñeras que desmenuzan la carne con sus picos hasta que no queda nada más que los huesos.

Él gimió y hizo una mueca de asco y sujetó firmemente su estómago.

—Anna, eso es lo más asqueroso que te he escuchado decir en estos últimos meses. —Después de un rato, comenzó a levantarse del suelo, haciendo otra mueca y masajeando su cabeza a medida que se incorporaba. — ¡Creo que voy a vomitar!

—A eso se le llama resaca —respondí—. Anoche no podías recordar ni cuál era tu nombre. Me pediste que te llamara Lady Agustina.

— ¿Lady Agustina? ¿En serio? Porque como nombre artístico prefiero Sexy Cat.—Me guiñó un ojo—. Miau. —Le lancé una de mis almohadas y cayó justo en su cara. —¿Qué hay de malo contigo? Te dije hace un momento que me duele la cabeza, y lo primero que haces es lanzarme un cojín que, extrañamente, huele a... —Acercó el objeto a su rostro para olisquearlo—. A pipí de zorrillo, probablemente con tres semanas de embarazo. —Lanzó el cojín nuevamente a mi cama, ignorando la mirada de odio que le lanzaba.

—Para tu información, ese cojín permaneció enterrado bajo tu axila toda la noche. Seguro que de ahí adquirió el olor. —Luego me detuve, pensando en una palabra que había mencionado: «entierro». Enterrar... Oh, ya entendí el chiste y, uf, era muy sexual. «Hmm. Sucio animal». —Vete de mi habitación —chillé—. Marie duerme con Eder hasta tarde. Aprovecha ahora, que puedes escapar libremente.

Hizo una última mueca, pero no dijo nada y salió silenciosamente por la puerta. No habían pasado ni tres segundos cuando él ya estaba de regreso, a mi lado.

—Anna, de verdad gracias por no decirle nada a Eder, gracias por ayudarme a esquivar al novio de Marie... y por soportarme en mi estado de borracho. Te juro que es la última vez que dejo que tu prima me convenza de beber toda una botella de vodka. —Plantó un beso en mi mejilla y me frotó el cabello antes de irse. Cerró con cuidado la puerta y me dejó sola.

Era una estúpida. Una egoísta, tonta y mentirosa estúpida.

Me sentí culpable con Eder, el novio de Marie, por ocultarle que su novia tenía un romance con Adam desde hacía cinco meses, y yo era la idiota que lo escondía en mi habitación por algunas noches para evitar que él se diera cuenta de la relación. ¿Será malo que admitiera lo mucho que esperaba con ansias el reconocimiento que me daba Adam. Cualquier consecuencia parecía valer la pena, siempre y cuando viera la mirada de adoración en sus ojos. Ya lo sabía: era una terrible tonta.

Me recosté en la cama, golpeé mis puños contra el colchón y apreté mi rostro en la almohada más cercana, pero me aparté inmediatamente. Ufff, Adam sí que tenía razón en algo: el cojín apestaba condenadamente a zorrillo.

Uniformes

—Parece que alguien no durmió muy bien anoche —me dijo Rita en cuanto me vio entrar por la puerta de empleados en el restaurante.

El padre de Marie, mi tío, me había conseguido trabajo en una de las muchas cadenas de restaurantes de comida rápida que administraba por la ciudad. Había tenido muchísima suerte de encontrarme con Rita, una chica de mi edad, para acoplarme al lugar. Ella se había convertido en una buena amiga. También conocía mi situación como tapadera de Marie, y no estaba de acuerdo con lo que hacía —me lo recordaba siempre que podía—.

—Sí el novio de Marie apareció justo cuando ella estaba besuqueándose con Adam en el sillón de la sala. —Bostecé—. Me tocó esconder a Walker en mi habitación. Créeme cuando te digo que fue la hazaña más grande que he hecho en mi vida: movilizar a un borracho hasta mi dormitorio. Después de eso, no pude dormir mucho. Estuve intentando callar a Adam desde que comenzó a cantar todo el repertorio musical de Selena Gómez. Rita hizo el intento de no reírse, pero fracasó miserablemente cuando la escuché lanzar una fuerte y nasal carcajada. La acompañé riéndome también. Un tipo como Adam —todo un chico rudo, lleno de tatuajes y de dureza— no daba la impresión de escuchar esa clase de música, ni por cerca—. No tengo ni idea de cómo es que se las sabe —dije, ahogándome entre risas.

Estuvimos bromeando a costas de Adam por un rato más, hasta que Cliff, el puerco que mi tío había puesto como gerente, apareció detrás de nosotras. Usaba un enorme traje gris con una corbata roja a rayas que no le llegaba ni al ombligo. El tipo era más grueso que un tanque militar. Nos repasó con la mirada, intentando meter los ojos hasta por la más mínima rajadura de nuestros cuerpos. Él nos obligaba a usar denigrantes uniformes de trabajo, que apenas y llegaban a cubrirnos un tercio del muslo. Ese día vestíamos una versión —a mi parecer— de prostitutas

marineras. Incluso, ten ámos que ponernos un rid éculo sombrero de tela para complementar el atuendo. No entend á por qu é de marineras. El restaurante era de hamburguesas! Ni siquiera serv ámos hamburguesas de pescado. Pero el tipo se excusaba diciendo que le gustaba ser innovador y que esa era una forma de conseguirlo.

—Ni ñas, ni ñas, ya es hora de trabajar —anunció mientras no disimulaba al ver entre nuestras piernas. Se pasaba la mano por lo poco que le quedaba de cabello y se absorb á constantemente el sudor de la frente con una servilleta de papel, haciendo que le quedaran peque ñas tiras enrolladas por todo el rostro. Nos pas ó y se dirigi ó hacia su diminuta oficina a hacer solo-Dios-sabe-qu é cosas, porque dudaba de que trabajara siquiera.

Caminamos con Rita hacia la cocina. Yo tomé mi turno detrás de la caja registradora y ella se ubicó en el área de autoservicio, como usualmente hac ámos cada d á. Treinta y dos clientes después —y cientos de pensamientos de intentos por ser paciente—, apareció frente a m í alguien a quien jam á hab á imaginado ver en un sitio como ese. Él no era parte de la clientela.

—Eder! —dije en sorpresa. Él me regaló una pequeña sonrisa moderada. Eder era completamente lo opuesto a Adam: de cabello casta ño claro, ojos azules y de una apariencia elegante y pulcra. Apostaba a que, si miraba sus u ñas, las encontrar á sin una sola part écula de suciedad. Le sonre í en respuesta. Él era, sin duda, demasiado atractivo para alguien como Marie. —¿Se te ofrece algo? —preguntó mientras lo ve á observar atentamente el menú detrás de m í

Negó con la cabeza.

—Quer á hablar contigo, después de tu turno. ¿A qu é hora puedo venir? —preguntó en su lugar.

Mi boca se abrió en sorpresa. Por lo general, no charlaba mucho con Eder. Él llegaba directo al dormitorio de Marie y, con suerte, lograba verlo a la mañana siguiente mientras nos top ábamos en el ba ño y me daba un asentimiento de cabeza como ú nico reconocimiento de mi existencia. Luego se iba con el rostro avergonzado y regresaba de nuevo por la noche.

—Salgo a las dos.

—Bien. Te veo entonces a esa hora.

Sali ó del restaurante, dejando una nube de delicioso olor a su paso. Lo perd í de vista una vez que atravesó las puertas.

—Te gusta Eder, ¿verdad? —dijo una voz ronca, bastante familiar.

Me giré hacia esa voz y allí sentado en la mesa más cercana y comiendo un trozo de papa, estaba el mismo tormento que había conocido hacía cinco desgraciados meses.

Adam siempre usaba las camisetas pegadas. Creía que el bastardo sabía perfectamente cómo eso descolocaba a las mujeres. A todas. Incluso, a algunos hombres.

—No seas tonto —dije intentando limpiar un poco el contador de madera que Cliff había mandado a pedir directamente desde la India. ¿Por qué? No sabía—. Eder no es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo? —preguntó y deslizó otra papa en su boca.

—Definitivamente, no tú.

Alzó las cejas en sorpresa.

—¿Yo no?

—Nop.

—¿No te gusto ni siquiera un poquito? —Cogió otra papa con sus largos dedos estilo pianista. Solo podía recordar esa mañana, cuando había invadido mi privacidad en la cama. No le había contado a Rita, pero la verdadera razón por la que había pasado despierta toda la noche fue porque no había podido controlar mi respiración estando cerca de Adam. Bueno, ¿quién en su sano juicio podía dormir sabiendo que estaba él en la cama? Absolutamente nadie. Sin querer, había visto el tatuaje que él tenía en la base de la espalda. Era alguna clase de escritura o una frase, pero no había podido descifrar qué decía, ya que la otra mitad estaba oculta debajo de su pantalón. Me había visto tentada a descubrirlo por mí misma—. Estás dudando —señaló después de cinco segundos, en los cuales no había dicho nada—. Eso significa que al menos me estás imaginando desnudo, ¿cierto?

—¡Tonto! —«Aunque estuvo cerca...».

—Tranquila, nena. Dejaré que obtengas un pedazo de mí de forma gratuita.

Resoplé

—No me gustas, Adam. Ya superálo.

—Entonces, dime. ¿Qué puedo hacer para cambiar tu opinión? —Él se levantó de la mesa y se dirigió hacia mí. Caminaba lentamente mientras se saboreaba los labios, dándome esa mirada de cazador que

apuntaba con un rifle a su presa. No había nadie que estuviera haciendo fila por esos momentos, así que fue fácil para él acercarse.

—Creo que sí puedes hacer algo —respondí—. ¿Por qué no metes tu pie en tu boca?

Alzó una ceja, divertido.

—¿Quieres que meta tu pie en mi boca?

—Créeme, si pudiera meter mi pie en alguna parte de tu cuerpo, sería en...

—Annita! —escuché que me llamaba Cliff. Vi su cuerpo voluptuoso salir de la oficina y, segundos después, ya estaba a la par mía. —Annita, mira lo que acaba de llegar. —Sacudió frente a mí un traje de policía, versión mujerzuela—. Son los nuevos uniformes de trabajo.

Escuché a Adam reírse.

—¿De policía? —chillé Esa vez sí que Cliff había enloquecido. Solo faltaba que nos hiciera usar un traje de enfermera cachonda; eso sería la cereza de mi postre.

—Conseguí tallas para todas —dijo emocionado—, menos para Mirna. —Mirna era una mujer de cincuenta años y se encargaba de la limpieza del local. Constantemente, se quejaba de la discriminación que recibía. Al parecer, era la única que quería usar los exóticos uniformes de Cliff, pero él nunca la dejaba ponérselos. Decía que las estrías y la celulitis ahuyentaban a la clientela. Si tan solo Cliff supiera que Mirna estaba enamorada de él...

—Pagaré el doble por mi comida si hace que ella use ese uniforme ahora —propuso Adam tirando un fajo de billetes en el mostrador.

Los ojos de Cliff se abrieron de par en par. Yo le lancé una mirada envenenada a Adam, pero eso no lo inmutó para quitar su sonrisa arrogante del rostro.

—Anna, ve y estrena el nuevo uniforme —me mandó Cliff.

Ja, que se pudra! No iba a denigrarme de esa manera.

—¡No! —grité realmente furiosa.

—Pago el triple —contraatacó el idiota de Adam y tiró otro poco de dinero.

—¿Acaso no escuchaste? Dije que *no*.

—Yo también pago el triple —anunció uno de los clientes y tiró sus billetes cerca de los de Adam. A Cliff casi se le baja el azúcar al ver la cantidad de dinero. Mi rostro se puso rojo de la cadera.

— ¡No pienso usar esa cosa! —gritó esa vez más fuerte para que los dos imbeciles escucharan.

Obviamente habrían sido inútiles mis protestas ya que, después de que el hombre número cinco había aparecido diciendo que también pagaría por verme en el nuevo uniforme, o era eso o era aceptar que Cliff me despidiera.

—Te odio —vocalicé hacia Adam una vez que salí hacia el mostrador usando el ridículo traje de mujer policía. Él me guiñó un ojo. No entendí por qué pero mi estómago se contrajo ante ese gesto. Adam siempre era un bromista conmigo. Desde que lo había conocido, nunca había dejado de molestarme con lo de los dichosos condones que eran para Marie. Era normal que ambos nos tratáramos como dos viejos hermanos que se peleaban constantemente. Entonces, ¿por qué esa vez me sentí diferente? Tenía ganas de arrancarle la camiseta con los dientes, luego untar queso derretido en su abdomen y finalmente comer mis papas fritas directamente de su pecho.

¿Qué rayos pasaba conmigo?! Tal vez era el traje de policía. Me hacía sentirme más poderosa.

Chocolate

Marie y yo compartíamos departamento. El lugar era sencillo, y estaba ubicado en una zona céntrica y bien desarrollada. Su padre se lo había regalado en su decimoctavo cumpleaños (el mío me había regalado un llavero de My Little Pony, que brillaba en la oscuridad, y una tarjeta prefabricada que decía: «¡Felicidades! ¡Es un niño!»).

Esa noche, cuando me dirigía hacia la puerta de entrada, noté un persistente olor a chocolate en el aire. Amargo, espeso y fuerte chocolate, que provenía de nuestro departamento. Antes de entrar, decidí tocar la puerta, no fuera que Marie estuviera en paños menores con uno de sus dos novios a cuestas. Llamé con insistencia, pero nadie me contestaba. Finalmente, introduje la llave en la cerradura metálica y abrí con cierto temor por encontrar alguna escena no apta para todo público. Ciertamente, ya tenía dieciocho años, pero aún no me acostumbraba a las diversas ideas que tenía mi prima como diversión (algunas me dejaban traumada).

Lo primero que noté al entrar al departamento fue que la luz estaba encendida. Eso era algo bueno: las cosas *malas* sucedían en lo oscuro, ¿cierto? Lo siguiente que me sucedió fue escuchar una melodía de piano como fondo; el volumen era bajo y seductor. Y el olor, oh, el olor a chocolate se sentía cada vez más potente desde allí. ¿Sería que ella había preparado un poco? Aunque estaba completamente segura de que no lo habría podido hacer sola: a Marie se le quemaba hasta el agua con sal. Tal vez ella ya se encontraba en su habitación, así solo tendría que correr y llegar a la mamá; sin necesidad de encontrarme con alguno de sus hombres.

Pero ni siquiera terminé de entrar a la sala cuando escuché el sonido de besos salivosos. Me detuve al verla a ella, sentada en el mullido sofá de cuero y con el cuello descubierto, y a un chico de cabello oscuro que le salivaba en la clavícula.

Adam.

Estaba de espaldas hacia mí pero definitivamente era de su misma complejión. Era él. No sabía por qué pero se sentía como si me clavaran una aguja en el corazón. De todas formas, ya sabía que Adam era un idiota que aceptaba ser el plato de segunda mesa para Marie. Que me llegara a enamorarse de él era sumamente estúpido... y de mal gusto. No tenía por qué sorprenderme y, sobre todo, no tenía por qué sentirme cómoda estando a su lado. Era un mujeriego de lo peor!

Marie, al notar mi presencia, se separó de Adam. Había chocolate untado en su cuello y los primeros botones de su camisa habían sido arrancados. Se pasó una mano por su salvaje cabello naranja y me miró de manera nerviosa. Sus ojos azules perforaron los míos.

—No sabía que ibas a llegar temprano —dijo ella; la culpa se deslizaba por su voz.

—¿Por qué? Siempre llego a esta hora. —Marie se miraba nerviosa, no dejaba de doblar sus nudillos y su rostro se puso rojo tomate. —¿Qué ocurre...? —Me callé inmediatamente al ver que el chico que le lamaba el cuello no era Adam, como yo creía en un principio. Era un desconocido. Mi pecho aligeró la carga.

Pero ¿Marie ya estaba con otro? ¿Cuán zorra se podía ser?

—Él es Marcus —explicó mi prima. El chico, Marcus, se levantó del sillón y me ofreció una sonrisa tímida. Tenía chocolate en la comisura de los labios. Frunció el ceño y le indiqué a Marie que me siguiera hasta la cocina. —Marcus, vuelvo en un rato. Cuando llegue, te quiero ver sin camisa y con cobertura de chocolate para mí —le indicó Marie y luego le guiñó un ojo.



—¿Qué rayos crees que haces? —le grité una vez que estuvimos a solas. En esa ocasión, no iba a cubrirla. ¿Acaso me veía cara de idiota? Ella estaba engañando a Eder y a Adam!

—Es que... lo conocí hace unas semanas, y ambos conectamos. Estoy segura de que él es el indicado. — Me había dicho exactamente lo mismo cuando había conocido a Adam: «Siento que es el indicado» Y, si era el indicado, ¿por qué no dejaba al otro con quien andaba? —Sabes que yo

no fui diseñada para salir con un solo hombre —me dijo al borde de las lágrimas. Ja, a otro perro con ese hueso.

—Yo no te estoy cubriendo. Si alguien lo descubre, tendrás que ver cómo lo solucionas por ti misma.

—Por favor, Anna...

—¿Ya sabe Marcus que andas con otros dos, que la relación no es exclusiva? —la interrumpí

No estaba de ánimos para escuchar sus tontas excusas; peor después de lo que me había contado Eder esa tarde. Estaba furiosa con ella. Yo ni siquiera era capaz de encontrar un chico decente en esa ciudad, y ella ya tenía a tres babeando en su puerta —bueno, no tan decentes—. El único novio que había tenido en la escuela secundaria se llamaba Mason, le gustaba pescar y trabajaba en el taller mecánico de su padre. Constantemente olía a pescado o a gasolina. Siempre que Mason me besaba, dejaba un hilo de saliva por mi barbilla. Era asqueroso. Sus manos vagaban por mi cuerpo y él nunca podía mantenerlas quietas. Hámoslo terminado antes de que llegaran las graduaciones.

—Anna —suplicó Marie—, por favor. Por favor, no le cuentes de esto a Adam. Recuerda que me debes un favor...

—Que ya te pagué

—Entonces, ahora soy yo la que te lo debe.

—No necesito nada de ti —mentí

Ella, mejor que nadie, sabía las ganas que tenía de asistir a la Universidad de Arte y Diseño. Trataba de ahorrar parte de mi sueldo, pero solo la inscripción costaba más de lo que yo ganaba al año. En cambio, ella podía obtener fácilmente el dinero con solo chasquear sus dedos y darle una llamada a su papi. La vida era injusta algunas veces.

—Vaaamos, no seas tan perra conmigo... —Iba a replicarle sarcásticamente, cuando el timbre de la puerta nos puso en alerta a todos. — ¡No, no, no! —chilló Marie—. Ese debe ser Eder. Dijo que pasaría más tarde. —Bien. Finalmente se hará justicia divina. Alcé una ceja y me acomodé en la mesa de la cocina, totalmente despreocupada. — ¡Anna! No te quedés allí parada, ¡ayúdame!

El timbre volvió a repiquetear por todo el departamento.

—No. Me cansé de cubrirte la espalda.

Ella me miró con suplicantes ojos de borrego.

—Ehh... Chicas, creo que alguien toca su puerta —dijo Marcus entrando en la cocina. Se había quitado la camiseta y tenía el pecho cubierto con chocolate. ¿En serio? ¿Dónde conseguí Marie a esos tipos? ¿Existirá acaso una agencia que los distribuyera? Porque, si era así yo quiero cinco para llevar, por favor. Ah, y que la orden fuera rápida: tengo hambre. Grrr.

— Por el amor a todo lo que es sagrado, Anna! ¡Ayúdame! —volví a chillar mi prima—. Y ya deja de ver a Marcus como si te lo fueras a comer. —Al instante, me deshipnoticé del musculoso abdomen del chico. ¿Qué pasaba con mis hormonas? No había duda de que era todo ese chocolate que era aspirado por mi sistema respiratorio. — ¿Anna?— llamó Marie, cada vez más preocupada—. Lo único que tienes que hacer es ocultar mi pequeño secreto.

— ¿Cuál secreto? —preguntó Marcus, intrigado. Cuando alcé la vista hacia él, me sonrió como si supiera lo apetitoso que se miraba en chocolate. Tenía unos bonitos ojos grises, como los míos. Pobre infeliz. No sabía que iba a ser el bocadillo de mi prima.

— Marie, Anna! —gritaron desde afuera del departamento.

Mi corazón traicionero reconoció la voz de inmediato.

— Es Adam! —chilló Marie.

— ¿Quién es Adam? —quiso saber Marcus.

—Última oportunidad, Anna —habló Marie, ignorando la pregunta de Marcus. Me mordí el labio inferior. —Por favor. Te deberé una muy grande si me ayudas —suplicó, alargando la «u» por demasiado tiempo.

—Está bien. Te voy a ayudar —acepté de mala gana. Me las iba a cobrar muy caro. Lo sabía. Era una tonta que se dejaba manipular por un ser rastrero como ella. Sabía que me iba a arrepentir de aquello.

—Gracias, eres la mejor —dijo, y corrió directo a la puerta, no sin antes limpiarse el cuello y abotonarse bien la blusa.

Me encontraba arrastrando a Marcus hacia mi habitación para ocultarlo y explicarle cómo iba a funcionar su futura relación con mi prima —claro, si decidía quedarse con ella—, cuando Marie me detuvo del brazo:

— ¿Qué haces? —me preguntó en voz baja.

— ¿Qué no es obvio? Lo voy a ocultar.

—Chicas, ¿quién está pasando? —indagó Marcus; lucía asustado.

—Shhh —lo callamos Marie y yo.

—Si escondes a Marcus, Adam va a notar que hab á alguien m ás aqu í —Marie hablaba en susurros. Sus ojos azules denotaban p ánico en todo momento—. Mira este sitio: parece como si alguien hubiera tenido preparada una cursi cena rom ántica. Adam va a dudar y me va a descubrir... No quiero perderlo.

—Hey! ¡No es cursi! —se quejó Marcus. Marie y yo volvimos a callarlo.

Di un vistazo alrededor. Sip, hab á chocolate que sal á de una fuente ubicada en la mesa frente al sof áy hab á un enorme oso de peluche color blanco con un coraz ón bordado en el centro que dec á: «Eres toda m á». Solo hac á falta un camino hecho con pétalos de rosas que guiaran hacia una enorme cama con forma de coraz ón. Suspir é

—Entonces, ¿qu équieres que haga?

—Quiero que digas que él vino contigo. Que él es tu pareja.

¿Qu é?

—¿Est ás loca? —reliqu é

—Chicas —llam óAdam desde el otro lado de la puerta—, traje helado, y como que se est áderritiendo. ¿Se van a tardar m ás o ya acabaron con su fiesta de pijamas?

—Anna! —Me sacudi óMarie—. ¡Ayuda, aqu í

Sip, aquello no me iba a llevar a nada bueno. Lo hab á dicho.

—Est ábien —acced íotra vez.

Entonces, con una enorme sonrisa puesta en su rostro, le abri ó a Adam.

Marcus a ún luc á confundido.

—¿Qu é pasa? —me susurr ó mientras el atl ético e imperioso con personalidad me-creo-el-rey-del-universo entraba y sujetaba a Marie de la cintura para darle un beso en los labios. —¿Ella est ácasada con ese sujeto? —pregunt ó un alarmado Marcus—. Porque pens éque ten á veinte o veinti ún años. Lo juro. Tambi én cre á que era soltera.

—No, no est ácasada. Te presento al amante número dos de mi prima. T úsolo sigue la corriente y te ir ábien.

Cuando Adam termin óde darle un no muy casto beso a Marie, clav ó sus ojos directo en los míos... y en el chico sin camisa y con cobertura

de chocolate que estaba a la par m á. «Que se abra la tierra y me trague». Adam alz ó las cejas hasta los cielos.

—¿Y qui é n es é? —pregunt ó examin ándolo como a una presa.

—Viene conmigo. —Me pegué un poco m ás a Marcus. El tipo ol í a una mezcla de jab ó n Dove y chocolate con menta.

—Veo que alguien ya se comió el postre —brome ó Adam, vi ándome de forma divertida.

Hice algo atrevido: levant é el dedo índice y lo pas é por el hombro de Marcus. Luego, me lo llev é a la boca y lo sabore é

—Mmm, y estaba delicioso —coment é

La mand íbula de Adam se tens ó ligeramente.

—Mira, hasta le compr ó un oso de peluche —se burl ó Marie. Le lanc é una mirada asesina. Ella no ten í por qu é echar m ás le ña al fuego—. Tuve que encerrarme en el cuarto. Por eso, tard é en abrirte.

Vi c ómo ella pasaba sus manos por el cuello de Adam y le daba besitos salivosos a lo largo de su mand íbula. Eso me molest ó bastante. Si en realidad lo quisiera, no le har í nada de aquello.

No sab í qu é me hab í impulsado a hacerlo, pero agarr é el brazo de Marcus, lo obligué a verme al rostro y le di un agresivo beso en la boca. Eso lo tom ó desprevenido. Cr éanme, a m í tambi é n. Percib í que una lengua se mov ía. La sensaci ó n era como la de una anguila que trataba de arrastrarse al interior de mi boca. Eso era inútil y asqueroso. Iba a empujarlo de regreso a su sitio, pero alguien m ás lo hizo por m í

Adam.

Sus ojos verdes me dieron una mirada... ¿C ómo? ¿Molesta? ¿Dolida? No pod í decirlo. ¿Por qu é se iba a molestar? É l se la pasaba bes ándose con quien se le diera la gana. Me dió una sonrisa de lado y, antes de poder darme una explicaci ó n —o de pedir explicaciones—, se situ ó junto a Marie y la alz ó en brazos.

—Vamos, preciosa. Es hora de divertirnos.

Con eso, se la llev ó al dormitorio y cerr ó la puerta tras su ingreso. Ay, Dios. Se hab í llevado tambi é n el helado. Y yo que necesitaba un poco para desahogarme.

—Bien... ¿Podrías explicarme qu é fue toda esa locura? —pregunt ó Marcus.

Suspir éde forma resignada.

—Cr éme, ni yo misma lo entiendo.

CAPÍTULO 4

Experto

—Con que te gusta el chocolate, ¿cierto? —Así me saludaba Adam todos los días desde que había descubierto a Marcus en el departamento, a pesar de que este último había decidido no ser parte del círculo vicioso de Marie y yo no había vuelto a verlo desde entonces. Pretendí no escucharlo y continué con mi labor de pulir y limpiar el vacío mostrador del restaurante. Tenía puesto mi nuevo uniforme de chica-mujerzuela del futuro, el cual Cliff había mandado a hacer desde su colección personal de diseños. Todo el traje en sí era plastificado y de brillantes colores plateados. Ninguno de los modelos lograba llegar hasta las rodillas. Con suerte, algunos cubrían una parte del muslo—. ¿Qué harás después de tu turno, chocolatito? Sabes que no me puedes ignorar para siempre.

Resoplé fijé mi mirada en la suya, deseando nuevamente que hubiera una larga fila de clientes por atender para así ocuparme en algo que no fuera Adam Walker con sus ojos verde selva. Pero en el restaurante se encontraban únicamente la señora canosa que siempre pedía un vaso lleno de jugo de pepinillos y Mirna, quien se encontraba comiendo chuletas de puerco y lanzándole miradas no muy discretas —y algo lascivas— a Cliff.

—Después del trabajo estoy muy ocupada —respondí regresando la vista hacia el mostrador demasiado pulido. En vez de seguir encarándolo, alargué la mano y tomé una de las revistas de escándalos que Rita siempre cargaba consigo y traté de enfocarme en leer más allá del título. Ni siquiera me llamaba la atención, pero pretendí estar emocionadísima e inmersa leyendo sobre la nueva adopción que había hecho Angelina Jolie.

—¿Saldrás más tarde con Chocolator?

—¿Por qué? ¿Te importa? —cuestioné en un tono amargo.

—Hmmm...

—¿Qué pasó con Marie? Sácala a pasear.

—¿También quieres que le ponga una correa y le dé un premio cada vez que orine en su caja de arena?

—Los gatos orinan en cajas de arena. Los perros mean en donde se les dé la gana —lo corregí

—Como que alguien anda amargado, ¿no?

—¿En serio? No me di cuenta. —Pasé a la siguiente hoja de la revista. Un enorme y llamativo anuncio publicitario de «Madame Cecile resuelve sus problemas» llamó mi atención: una mujer con ojos café demasiado delineados, con las uñas pintadas de un tono rojo chillón y con un colorido turbante en la cabeza. Ella prometía el amor eterno o la devolución de su dinero. «No-puedo-creerlo» ¡Yo conocía a esa mujer!—. Ya sé lo que haré después de mi turno —le dije a Adam.

—¿Qué?

—Iré a ver a mi madre.



—¡Pastelito de calabaza! ¡Viniste a verme! —chilló mi mamá cuando me vio aparecer frente a su puerta.

Tal y como se apreciaba en el anuncio, tenía sus largas uñas pintadas de rojo y sus ojos extremadamente delineados de negro. Usaba una túnica de colores, que le llegaba a los tobillos. Me apretó con fuerza, lo que hizo que las múltiples pulseras en sus brazos chocaran entre sí y provocaran una ola de ruido. Luego, plasmó un sonoro beso en mi mejilla. Luego se fijó en Adam, quien se había ofrecido a acompañarme y entonces se situaba detrás de mí. Le dio una apreciativa mirada desde los pies hasta la cabeza.

—Déjame adivinar —dijo ella—: ¿tu novio?

—Como adivina, te mueres de hambre, mamá —murmuré entre dientes.

Ella rio y luego se acercó a Adam para darle un fuerte abrazo seguido de un beso. Cuando se apartó de él, la impresión de su boca con labial color naranja se veía marcada en la mejilla de Adam.

—Muy guapo —ronroneó hacia él—. Cuéntame, Anna, ¿quién te trae por aquí a visitar a tu vieja y olvidada madre?

Rodó los ojos. Mamá era tan teatral y dramática.

—Solo hace un par de semanas que no te veo, y vine porque vi el anuncio. ¿Ahora prometes amor eterno?

—Pero claro que sí. No me digas que por eso trajiste a este suculento bombón afrodisiaco! Porque yo podré hacer que ambos tuvieran...

—¡Mamá! Él es el... —¿Novio? ¿Amigo con derecho? ¿Amante? ¿El otro de Marie?

—Solo amigo de su hija —terminó Adam por mí y me salvó de mi dilema.

Mamá abrió enormemente la boca, luego la cerró de golpe.

—Aun así, yo podría... —Ni siquiera la dejé terminar esa frase. Me abrí paso en el interior de la casa y me detuve al ver la nueva decoración que le había hecho al sitio: paredes rojas y afelpadas; cortinas hechas con collares dorados, que colgaban desde los marcos de todas las puertas; espejos redondos ubicados a cada dos metros; y, en donde antes solía estar el sofá de la sala, había una cantidad innecesaria de cojines rojos y blancos dispuestos en el suelo. Escuché jadear a Adam a mis espaldas—. ¿Te gusta la nueva decoración? La hice yo misma —informó mamá. Vi su figura llamativa dirigirse a la cocina y regresar luego con una bandeja de té helado—. A tu padre no le gusta. Eso me hace amar con locura este lugar. —Asentí con la cabeza, ajustando la visión debido al molesto color de las paredes.

Hacía cuatro años, ella y mi papá se habían divorciado. Desde que tenía catorce, había sabido lo que era dividir tu tiempo entre dos personas que jamás se lograban poner de acuerdo ni para qué tipo de cerámica se pondría en el baño. Era hija única, así que había sido fácil para ellos separarse y rehacer sus vidas. Lo aceptaba, en serio. Pero desde el año pasado, cuando mi mamá había declarado querer ser psíquica y mi papá había comenzado a manejar un lote de autos chatarra, había tenido que poner un alto e independizarme a como diera lugar.

—Todo es bastante original —dijo Adam. No sabía si se estaba burlando o lo decía con sinceridad.

—Gracias por el cumplido, bizcochito —lo halagó mi madre. Adam le dedicó una de sus sonrisas ladeadas que tanto hacían que mi estómago se apretara. —Entonces, Anna..., ¿qué tal andas de amores? —preguntó ella.

¿Por qué mi mamá quer á insistir en ese tema? Mi situación amorosa era inexistente. Cero. Nada de nada. Ni siquiera tenía a un extranjero perdido que de casualidad fuera a dar a mi puerta y, si eso sucediera, probablemente se tiraría a los brazos de Marie al verla. ¿Acaso mi cabello marrón era poco atractivo? Yo sabía que era algo rebelde y en algunas ocasiones imposible de peinar, pero...

—¿No le ha contado que sale con Chocoman? —escuché que dijo Adam.

Al instante, mi mano salió disparada hacia su hombro.

—Deja de ponerle apodos! Su nombre es Marcus, M-a-r-c-u-s. Y no es mi novio.

—Oh, pero tuvo que verla esa noche. El Chocochico hasta le compró un enorme oso de felpa. «Eres toda mía» —citó de manera despectiva las palabras que se encontraban bordadas en el peluche.

Mi rostro se puso rojo, tanto por la ira como por la vergüenza. Si tan solo supiera que Marie había sido la inventora de todo eso... Mi mamá se quedó sabiamente en silencio, disfrutando del espectáculo entre los dos. La rabia inundó mi sistema.

—¿Y qué? Por lo menos, no sale corriendo cada vez que mencionan el nombre de Eder —me burlé golpeando uno de mis dedos contra su pecho—. Es como cuando a un ratón le dices la palabra «gato». Tú no lo harás mejor que él.

Adam estrechó sus ojos y se acercó tanto a mí que tuve que echar la cabeza hacia atrás para verle el rostro. Oh, eso lo había molestado.

—Créeme, Anna, yo sé hacer *muchas* cosas mejor que él —respondió esta vez furioso y con el rostro a dos centímetros del mío—. Para empezar, sé cómo se debe besar a una chica. Tu Chocolino no sabía siquiera en dónde poner las manos, mucho menos cómo mover su lengua dentro de tu boca. Tuve que detenerlo antes de avergonzarse a él mismo y de avergonzar a toda la raza masculina.

Tragué saliva. Le di miradas disimuladas a mi madre, quien aún seguía parada y demasiado cerca. Nos observaba con atención, la misma con la que observabas un partido de tenis. No podía creer que él estuviera diciendo aquello frente a ella. Un calor abrasador inundó mis mejillas.

—Tal vez, ese sea el problema —murmuré No podía ni formar palabras coherentes—. Eres todo un experto en el tema. Demasiado, para mi gusto.

—Nunca he sabido que ser experto en algo sea malo. Quizás este experto pueda transmitirme algo de sabiduría antes de que llames a ese tipo, Chocozilla, un maestro en el arte de la seducción. Porque te lo digo: el simple hecho de untarse chocolate en el pecho no lo hace más apetecible. Lo hace un bobo que necesita de todos los medios posibles para llamar la atención. —De repente, él estaba demasiado cerca de mí No me dejaba respirar.

—No sigas diciendo esas cosas —exigí perdiendo todo el poder en mi voz.

Adam me tomó de los hombros y me acercó a un más a su lado —si es que eso era posible—. Su cadera chocaba con la mía.

—Yo no necesito de trucos baratos para impresionar a una chica —explicó en mi oído—. Tampoco necesito ayuda de osos de peluche para reclamarla como mía. Simplemente, se lo digo y punto. —Mis rodillas comenzaban a debilitarse. Toda la armadura que cargaba parecía aflojarse ante las cosas que me estaba diciendo. Intenté zafarme de su agarre, pero no me dejé oír. En un movimiento arrebatado, pegó mi frente contra la suya y me obligó a verlo a los ojos. Un huracán se estaba formando en su interior, y en el mío se desataba un tornado—. Y, si quiero besarte, Anna —susurró contra mis labios—, no espero a que tú hagas el primer movimiento. Sencillamente, me lanzo. —Lo vi acercar su boca a la mía; mi corazón se detuvo esperando por ese momento. Mis labios quemaban por tocar los suyos, pero, justo antes que ambos pudiéramos siquiera parpadear, escuché con claridad que se aclaraban la garganta.

Me entró instantáneamente el pánico. ¿Era Marie? ¿Ella nos había visto? Entonces, recordé que nos encontrábamos en casa de mi madre. La vi parada frente a nosotros. Me había olvidado por completo de ella. Me separé de inmediato de Adam. Estaba tan avergonzada que no fui capaz de despegar la vista del suelo.

¿Qué acababa de suceder? ¿En verdad iba a besarme?

—Ya veo que no estás tan mal de amores, después de todo —soltó mamá con cierta diversión en su tono. Ya podía imaginarme su boca naranja fruncirse para evitar sonreír. Quise que el suelo se partiera y me absorbiera viva. Pero, como siempre, esa clase de milagros era algo imposible. Tan imposible como lograr que Adam me besara. —Los dejaré solos un momento —anunció mi madre—. Espero que no se maten entre

ustedes... o que no terminen besuqueándose en los cojines de mi sala.

—Mi mamá salió hacia la puerta de la cocina, determinada a no voltear a ver atrás.

Mi rostro ardía en caliente.

—Adam, yo... Lo siento. No debí haberte provocado. Fue mi culpa.

—Alcé la vista para ver sus ojos, pero él estaba ido y viendo hacia la pared detrás de mí —¿Me estás escuchando?

—¿Ganaste el primer lugar en «El trasero de bebé más lindo»?

—¿Qué? ¿De qué...? —Él señaló hacia la pared que observaba con atención. Allí colgaba un cartel en el que efectivamente se leía: «Primer lugar al trasero de bebé más lindo». No podía creer que mamá aún conservara eso. —A mi mamá le gustaba inscribirme en muchos concursos cuando era niña —expliqué—. Al ganador le daban una dotación de comida para perros y cupones de descuento en el supermercado.

—¿Tienen perros?

—No. Pero mamá era muy ingeniosa y siempre lograba intercambiar el concentrado por pescado. —Traté de apartarlo del vergonzoso pedazo de mi pasado, pero Adam era obstinado y continuó viéndolo con atención.

—Me gustaría confirmar si el trasero más lindo sigue viéndolo —dijo mientras me atravesaba con la mirada.

—Tal vez en tus sueños. —Oh, habíamos regresado a las habituales bromas. Menos mal. Me aparté de él. Iba a sentarme en uno de los cojines de la sala cuando la puerta de la cocina se abrió de un solo golpe, lo que hizo que perdiera mi objetivo y que, en su lugar, mi trasero golpeará el suelo. Mamá llegó con una amplia sonrisa en el rostro.

—A que no sabes quién viene a verte—chilló emocionada.

Detrás de ella había alguien más, pero, por culpa de la larga y enorme túnica que estaba usando mamá no podía ver de quién se trataba. Cuando ella se hizo a un lado, me encontré con una persona a la que jamás había pensado en volver a ver en toda mi vida. Todavía recordaba lo último que le había dicho antes de la graduación: «Lo siento, pero yo no estoy atraída hacia ti de esa forma. Debemos terminar».

—¿Anna! —exclamó él.

—¿Mason?

Lo que me faltaba: ver a mi exnovio justo en ese momento. Fantástico.